

*PROMETHEUS, Revista de Cultura / número 23 / año IV*

---

## "Mujeres y mujeres"

**Philippe Sollers**

*Traducción: Rodrigo Grimaldi*

*En el comienzo de 1983, aparecía en Francia una extraña novela de la que siguen aquí sus primeras líneas:*

*“Desde hace tiempo... Me parece que alguien habría podido atreverse...*

*Busco, observo, escucho, abro libros, leo, releo... Pero no... No realmente... Nadie habla de eso... No abiertamente en todo caso...*

*Palabras cubiertas, neblinas, nubes, alusiones... Durante todo aquel tiempo... ¿Cuánto? ¿Dos mil años? ¿Seis mil años? Desde que hay documentos... Alguien podría haberla dicho, a pesar de todo, la verdad, la cruda, la agobiante... Pero no, nada, casi nada... Mitos, religiones, poemas, novelas, óperas, filosofías, contratos... Bueno, es verdad, algunas audacias... Pero el conjunto en general cae rápidamente en el énfasis, el engrandecimiento, el crimen enervado, el efecto... Nada, o casi nada, sobre la causa... LA CAUSA.*



**El mundo pertenece a las mujeres.  
Es decir a la muerte.  
Sobre aquello, todo el mundo miente.**

Lector, aférrate, este libro es abrupto. No deberías aburrirte en el camino, adviértelo. Encontrarás detalles, colores, escenas parecidas, mescolanzas, hipnosis, psicología, orgías. Escribo las memorias de un navegante sin precedentes, el revelador de las épocas... ¡El origen develado! ¡El secreto sondeado! ¡El destino radiografiado! ¡La pretendida naturaleza desenmascarada! El templo de los errores, de las ilusiones, de las tensiones, el homicidio enterrado, lo más recóndito de las cosas... Me divertí lo suficiente y locamente me aburrí en este circo, desde que fui fabricado allí... El mundo pertenece a las mujeres, no hay más que mujeres, y desde siempre ellas lo saben, y no lo saben, no pueden saberlo realmente, lo sienten, lo presienten, eso se organiza así. ¿Los hombres? Espuma, falsos dirigentes, falsos sacerdotes, pensadores aproximados, insectos... Gestores embaucados... Músculos que engañan, energía substituida, delegada... Voy a intentar contar cómo

y por qué. Si mi mano me sigue, si mi brazo no cae de sí mismo, si no muero postrado en el trayecto, si llego sobretodo a persuadirme de que esta revelación se dirige a alguien mientras que estoy casi seguro de que no puede alcanzar a nadie...”

**Ante este tipo de declaración, podríamos creer en principio que se trata de un juego o de una broma, pero no es nada de eso.** El narrador, aparentemente nervioso, pero en el fondo muy calmo, comienza a contar sus aventuras. Leyéndolo, se tiene rápidamente la impresión de que intenta, a través de los retratos de mujeres y hombres contemporáneos, una suerte de gran recapitulación de la pregunta a través de los siglos, desde la Prehistoria, entonces, hasta nuestros días. Emprendimiento descabellado, en un sentido, ya que supone que habríamos llegado a un límite, una saturación, un fin o un recomenzar, bajo otra forma, de la pregunta por ella misma. ¿Fin de la historia? No, pero fin de una historia, más que nada, monumental, que tenía por obsesión metafísica el origen de los cuerpos que el autor llama chistosamente, *origyne*. Como si el aventurero de hoy, a diferencia de Ulises o de Casanova, tuviese de repente la posibilidad de vivir todas las épocas en una sola. Mujeres presentes, sí,

muchas, y en todos sus estados, pero al mismo tiempo haciendo recordar en ellas, desde el principio de los tiempos, todas las figuraciones, todos los relatos, los mitos, todas las apuestas a las que ellas dieron lugar. Se trata de una narración viva y meditada, “historial”, donde el misterio “mujeres” se encuentra iluminado desde todos los lados a la vez. Alguien experimenta en el terreno y una rememoración surge, de sí misma, convocada para su propia densidad de pensamiento. Se trata de una travesía de las representaciones en un presente que se volvió sin medidas. El pasado no se incomoda más por estos episodios contradictorios. Se lo experimenta en una proximidad abierta, de otro modo acompasada. Este libro, acompañado por bellas fotografías de Erich Lessing y el saber de los especialistas, era entonces una ocasión inesperada para dar a *ver* el proyecto.

**¿De la Prehistoria a nuestros días?** Encontramos aquí la marca sorprendente de eso: desde un ídolo fenecío o mesopotámico a una mujer jarrón de Picasso. Picasso es este artista del siglo XX, todavía tan desconocido a pesar de su gloria, que tuvo precisamente la ambición de “volver al punto de partida” de la figuración. Podía, nadador

experimentado, deslizarse en los espacios de los tiempos, sacar de aquí o allá su inspiración, volver a las fuentes, descender rápidamente la corriente, detenerse un momento en África, en Egipto, en Grecia, saltar hasta Tintoretto o Velásquez, apropiarse de Manet o de Cézanne, volver a irse a dónde mejor le pareciera, siempre siendo él mismo, allí, sin cesar ¿Historias de mujeres?

Absolutamente. Y es la mirada tan libre, tan móvil e interior, de Picasso la que nos es necesaria para penetrar verdaderamente este mundo de metamorfosis. Magia, terror, grandeza, éxtasis, encantos, exquisitez, ironía, nada tendría, aquí, que parecernos ajeno.

En su libro *Un amour secret de Picasso*, Geneviève Laporte, su amiga clandestina durante veinte años desde 1951, refiere esta extraña conversación con el inventor de las *Demoiselles d'Avignon*: “Fue una gran sorpresa para mí descubrir que él llevaba una especie de diario. En aquél que me mostró, había un mechón de cabellos de Dora Maar. Al mismo tiempo, intentaba explicar: “No amaba a Dora Maar. La amaba como a un hombre y le repetía: ‘No me agradas, no te amo.’ ¡Te imaginas los llantos, las crisis!” Piensa un instante. Tímidamente, comentó: “No es sorprendente que se haya vuelto loca.” Su mirada

se vuelve penetrante. Vuelve al presente. “Eso fue horrible. La curaron... Tu sabes, cuando ella estuvo curada, no hacía más buena pintura.” Arrastrado por su idea, con ese gusto por palabras que pueden parecer paradójicas, generaliza: “Soy una mujer. Todo artista es una mujer y tiene que ser tortillera. Los pederastas artistas no pueden ser verdaderos artistas ya que aman a los hombres. Como son mujeres, vuelven a caer en lo normal.” Está contento, ríe y me vigila de reojo. Con la ayuda de los años, no me sonrojo más. Qué pena.”

¿Ejemplos, y a veces célebres, vienen rápidamente a la memoria para contradecir esa sentencia de Picasso? Sin embargo creo que no hay que apresurarse para comprenderlo. No es un simple “Madame Bovary, soy yo.” Encubre en él algo mucho más vertiginoso y complejo. Sentencia de un descubridor que se asombra de ser tan poco comprendido: “¡Y a pesar de eso, funciona!” Sentencia que revela, más que nada, un viraje, una captación nueva y conciente en el interior de un continente viejo como el mundo. No es casualidad si Picasso atrae automáticamente la hostilidad del feminismo, sin hablar de las ideologías bien pensantes o totalitarias. ¿Las mujeres han sido siempre representadas por hombres, *ciertos*

hombres? ¿Si? ¿Y entonces? ¿Es posible hacerlo mejor? ¿O hay que renunciar a toda representación clara, profunda, crítica? ¿Sería esto, en aquél momento, un avance? ¿Una regresión? En este punto, tal vez comencemos a discernir lo que está en juego.

**Al comienzo estaba la Madre**, la Madre Tierra, y la fascinación humana por su fuerza impartidora, subterránea y enigmática. No se entiende nada a continuación en la novela que es la Historia, si no se experimenta el tiempo pesado, el cavernoso y repetitivo largo tiempo de los cultos femeninos maternos. He aquí al ídolo, se llama X.X. de base, es fenicia, sumeria, mesopotámica, auriñaciense, poco importa. Surge, sola; reina; se sostiene soberanamente delante de nosotros; nos parió; nos juzga. Venimos de ella, debemos volver a ella. No se le habla, no escucha, se impone. Es un principio alucinatorio de nuestra efímera realidad. ¿Qué es un cuerpo? ¿Quiénes somos? ¿Quién soy? Estas preguntas aún no tienen sentido. Tal vez, por otro lado, no lo tendrán nunca. Esta es mi causa, y Dios, en consecuencia, fue, es o será la madre de todos. Que lo llamemos Tierra o Naturaleza, Dios fue una mujer, y lo sigue siendo la mayor parte del tiempo en secreto, en los sueños, los fantasmas, las

ilusiones trágicas o cómicas. Dios tiene unas nalgas enormes y un vientre indefinidamente embarazado, es una bola de energía fecunda, un falo abombado encenegado, una cabeza compacta espiralada sin boca, una nariz de hueso, unos pequeños brazos replegados sobre los senos, un ojo macizo y ciego. X.X. fue dada a luz por la noche poderosa, con su pendiente de pesadumbre y majestad, su cuenca mediterránea, su *cimiento*. A la Venus de Willendorf, por ejemplo, no la domeñarán, no va a aparecer haciendo melindres en sus pantallas, está definitivamente en reserva, produce, petrifica, destruye. Está siempre allí, ya que ella encarna el allí. Fue y será siempre viuda, preserva su filo. Lo más asombroso (genio de modeladores de la sombra), es que pueda aparecérsenos también de forma ligera, suelta, casi humorística. Inamovible, horrorosa, así es. Pero simultáneamente inofensiva, casi amable, como una gran gallina atrapada en su propio juego. Adivinamos que los cultos que se le rendían debieran ser a la vez crueles y despreciativos, fascinados y conjuratorios. Sería irrazonable tomarla muy en serio, salvo si se quiere, mucho más tarde, intimidar o aterrorizar a los niños, a los ingenuos, a los crédulos, o más aún, como dirá Rimbaud, “los amigos de la muerte, los atrasados

de toda suerte”. Esas caderas enormes, esas manos minúsculas, esos pies juntos, ese conjunto de agujeros amenazantes, tienen sin embargo un magnetismo de danza del cual ignoramos las reglas. Nada, todavía, se escribe. Es el cara a cara. Separados del sentido, no existimos sino en la orbe de esta diosa primaria, en su prolongación o sus alrededores. La Medusa retendrá este poder, y también todos los efectos de máscara. Nos encontramos en la edad de hierro. Esa Madre jamás tendrá Hija, o la constancia, y en cuanto a imaginar a un Padre en alguna parte, imposible. Un padre es mucho más complicado; es todo el problema. La gran Diosa, con su niño indeterminado, su progenitura de manera terminante pegada a ella como una prótesis, es simplemente una advertencia. Un paso más allá de ella, y es el caos. Brujas, ustedes invocarán a ese Macbeth. Chamanes o chamanas, es vuestra ama. Un espíritu alerta no tiene además ningún problema en sorprender la persistencia de eso hoy en día, furtiva o aullante, en las megápolis modernas, en las cavidades de la historia. No es por nada que el escritorio de Freud, en Viena y luego en Londres, se abarrotaba de estatuillas de todo tipo recordándole, sin duda, una superposición arqueológica que encaja con el sueño de la razón

engendrando monstruos. ¡Cuántas divinidades desaparecidas sobre un diván! ¿Pero y entonces Moisés? ¿Y el monoteísmo? Ah, ahí lo tenemos.

**La Biblia está llena de este difícil ajuste de cuentas con X.X.**, es decir con un principio biológico, antropomórfico e idolátrico, que no conviene a un Dios que habla y se define por su extensión en el tiempo. Fecundidad, alumbramientos legítimos o marginales, tal es el eterno retorno que Yahvé quiere dominar, inclinar, guiar, relanzar. La gran enemiga del Antiguo de los días, del Muy Alto, del Eterno, es entonces “la reina de los cielos”, Astartés, la Istar babilónica y asiria a la que se asocia, como por casualidad, con el planeta Venus. Combate duro. Astartés seduce sin parar al pueblo que Yahvé se eligió. Ella tiene para sí la imantación cósmica, la prueba por el espacio y, la especie, el recinto, el lugar, el poste, la estaca. La mujer está ligada al lugar. Dios, en femenino, es un lugar. Se entiende que los hebreos, llamados sin cesar por el Invisible hacia una Tierra prometida, se dejen constantemente inmovilizar por ese emplazamiento, ese descanso tranquilizador y mortífero, ese círculo. No es de otra manera en las vidas privadas, sea cual fuese la

época. Entre los dos principios, la guerra es total: los filisteos le cortan la cabeza a Saúl, deponen sus armas en el templo de Astartés, clavan su cuerpo contra la muralla. Y a pesar de ello, los hijos de Israel caen en todo momento en el mismo error. Hacen nuevamente “aquello que está mal a los ojos de Yahvé”, quien, en seguida, se enfurece, y los “vende” a sus enemigos. Ruido y furor de la Biblia: la voluptuosa Venus es una maligna vuelta cíclica, una trampa devoradora de cuerpos, un puñal sanguinario en una mano tramposa. Esto es lo que dice Yahvé, desahuciado, a través de su profeta Jeremías (la escena transcurre en las calles de Jerusalén):

*Los hijos recogen leños  
Y los padres encienden el fuego,  
Las mujeres moldean la masa  
Para hacerle pasteles a la Reina de los Cielos  
Y para derramar libaciones a dioses extranjeros  
a fin de irritarme.  
¿Pero es realmente a mí que irritan –  
Oráculo de Yahvé-  
No es a ellos mismos por la vergüenza de sus  
rostros?*

**Entonces: castigo, cólera, fuego que “quema y**

**no se apagará”, infierno.** Es extraordinario escuchar frente a todos estos ídolos de pasteles, la reflexión furiosa de Yahvé. Él, es el Dios de la voz, de la escucha. El ídolo es en principio toma de óptica, hipnosis, adormecimiento, somnolencia y, muy pronto, crueldad por causa de miedo. De esto resulta una operación indistinta sobre la generación que exige sacrificios humanos, mancha abominable ya que el pueblo infiel llega a quemar a sus hijos y a sus hijas. Es el “valle de la matanza”, y los profetas bíblicos son los que la denuncian. Hablan, pero en la mayoría de los casos inútilmente: “Les dirás todas estas palabras y no te escucharán; los llamarás y no te responderán.” No hay entendimiento posible, entonces, entre las dos divinidades en pugna. “Si me desconocen, dice Yahvé, haré callar la voz del placer y la voz de la alegría.” ¿Qué dice Astartés? Nada, atrapa de un bocado, traga, se olvida. Hay que estar atento a esta batalla por la posesión de santuarios cuando se contempla, a distancia, fotografiadas, esas figuras que creemos que son, desde entonces, simples personajes de museo. No: viven, dispuestas en bloque y radioactivas, tienen la potencia de dinosaurios, deformaciones, límites de lo prehumano angustiante. Son las pilas negativas, por otro lado magníficas, de un culto que está

siempre en vigor bajo la cobertura de la técnica. ¿Por qué no se las dispone en las salas de clínicas o de hospitales, durante ciertas experimentaciones ginecológicas? Presidirían las manipulaciones del genoma. Estarían en su lugar, eternas y reales, detrás de las imágenes de publicidad que desfilan en las pantallas de televisión. ¿Venció Yahvé? Sí, en aquel momento. Pero Astartés evoluciona. Y Yahvé también. ¿Sus caminos son paralelos? Asunto a seguir.

**Para ver realmente, hay que saber escuchar y leer.** La escritura: mutación esencial en la representación de la cuestión de los orígenes, es decir de las mujeres. La Biblia es Escritura, su Dios que habla lo quiso así. Un texto, un tejido, y, a partir de allí, todas las visiones pueden juzgarse. La fuerza, de la cual Astartés es uno de los nombres, debería combatir la lectura: no está entre sus intereses. Por el contrario, un mundo de espectadores pasivos apoltronados frente a las imágenes le resultaría un estímulo para resurgir. La biologización intensiva del humano, su fabricación programable (figuras del nihilismo de nuestro tiempo) sería entonces su retorno, en otro plano. Es sobre lo que insiste esta novela de finales del siglo XX, *Femmes*. Otra novela abría ese mismo siglo

con un monólogo que, ya, tendría que habernos hecho pensar: aquel de “la carne que siempre dice que sí”, sin duda para disimular mejor un “no” radical, el “no” del “espíritu que siempre niega”. Se trata, obviamente, de la revelación explosiva de la Molly Bloom de Joyce, en *Ulises*.

**Ahora, vayamos al milagro: Egipto, Grecia.** Hay dos maneras de salir de los cultos maternos arcaicos: una, invisible, bíblica; la otra, por el esplendor de la forma y su verdad. “El fenómeno, escribe Hegel en un pasaje famoso de su prefacio a la *Fenomenología del espíritu*, es el surgir y desaparecer que él mismo no surge ni desaparece, pero es en sí y constituye la efectividad y el movimiento de la vida de la verdad. Lo verdadero es de este modo el delirio bacanal en el cual no hay ningún miembro que no esté ebrio, y porque cada uno, en tanto que se aísla, se disuelve también de inmediato, el delirio es así mismo la quietud transparente y simple.” Los miembros, el movimiento ebrio, la quietud transparente: ahí estamos. Del lado de las mujeres, es al fin la aparición *personal*. Fuerza, majestad, gracia, interioridad radiante: ningún “progreso” a continuación. Miren ese torso de Nefertitis –mujer del enigmático monoteísta solar Akhenatón, el gran

herético de la decimoctava dinastía– o bien esa cabeza de la princesa de Amarna: andar soberano, soltura de los brazos y de los senos, boca, nariz, cráneo, asimetría vibrante de los ojos, melodía poderosa y matemática de los pliegues –está todo dicho. El cuerpo femenino sale por fin al sol; la madre puede convertirse en hija (entonces en *otra mujer*); se podría decir que un principio sobretemporal se afirma en su unidad, su autonomía. Será siempre mediodía para esas emancipadas de la sombra. El espacio les pertenece personalmente como la luz. La madre deja escapar hijas; el padre, algún día, estará muy molesto en admitir hijos. Las diosas tienen nombre, una masa, dimensiones, modos de moverse, rostros, intenciones, pasiones. Se mezclan con los mortales, pero no son de ninguna manera su causa. Algunas hasta vendrán a copular con ellos, será todo un acontecimiento. Semejantes mujeres, entonces, Atenea, Artemis, Afrodita, van a inspirar poetas, pensadores. Una vez más una cuestión de texto: debemos mirar a esas egipcias o a esas griegas recordando las palabras trenzadas en honor a ellas en los hechizos o en los himnos. No, no están inanimadas, no existen para los historiadores del arte o los conservadores de museos: hablan, son habladas; tienen sus fieles; guían a sus videntes o a



sus protegidos (así como Atenea con su “gran corazón” de Ulises). Tienen a sus escultores: Praxíteles, Fidias; mas tarde Miguel Ángel, Rodin. Tendrán sus pintores: Giorgione, Tiziano, Manet. Llegó el momento de maravillarse, es decir, por ejemplo de abrir los himnos homéricos: “Canta, mi musa, las obras gloriosas de Afrodita de oro, de Cipris que despierta el tierno deseo amoroso en el seno de los inmortales y hace que se doblegue bajo sus encantos vencedores la raza de los mortales, así como los pájaros del éter, rápidos mensajeros de Zeus de quien la voz retumba...”. Afrodita, sí, la Afrodita de Cnidos, aquella misma que ustedes miran al pasar, aquella de Praxíteles copiada por los romanos (los romanos son copiadotes notables), tiene entonces por función *despertar* el deseo de los inmortales y *doblegar* bajo sus encantos a los mortales y los animales terrestres. Su isla es Chipre. Otro de sus nombres se da a conocer así: “Citerea coronada de oro y de violetas.” Atraviesa la materia animada y el tiempo. Ya el latín la reduce a no ser más que Venus, “Madre de los Enéadas, placer de hombres y dioses, fértil Venus...” (Lucrecio). Aún así, sigue clandestinamente su ruta, se muestra con plenitud e insolencia en Giorgione y Tiziano, habita en *El juicio de Paris*, de Watteau, uno de los cuadros

más bellos del mundo. Pero aún estamos en ese país increíble, Grecia, donde muchachas, en primavera, se precipitan “en los caminos socavados reteniendo los pliegues de sus vestidos graciosos... Se ve, sobre sus espaldas, flotar su cabellera azafrán. Bajo la mata de olivo donde la dejaron, reencuentran a la diosa augusta...”. Aquí, se trata de Deméter que está muy preocupada por su querida hija Perséfone, raptada por el dios de la muerte, Hades. ¿Iremos a buscar a Euridices a los infiernos? ¿La música de Monteverdi bastará para lograrlo? Pero es ahora Artemisa, el arco en mano, “quien forma con las mujeres coros danzantes, pues ama la lira y el canto de sus acompañantes de voz clara, la estadía en las ciudades de los justos y la sombra de los bosques”. Las formas se animan. Las estatuas intercambian, de noche, en salas extranjeras donde las acorralaron en vistas de una contemplación improbable, silencios especiales. Cuando los turistas se van, el aire resuena. Esa virgen de Eleusis, que data de quinientos años antes de nuestra era, continúa, en su lugar, huyendo. ¿Con quién no logra reencontrarse? No dudemos de ello: con nosotros. ¿La Gorgona con serpientes no nos da miedo? Estamos equivocados. ¿Las tres gracias nos parecen naturales? Qué error. ¿Sabemos realmente lo que es una danza de

ménades, una batalla de amazonas? El cine se encarga de encegucernos sobre sus movimientos. Veamos al fin a esa esfinge alada: ¿podemos responderle? ¿Nuestros psicoanalistas superaron su complejo de edipo? ¿No están perturbados, por el contrario, a pesar de sus denegaciones, por ese hermafrodita adormecido? ¿De dónde viene entonces, frente a los griegos, esa sensación de olvido, de falta, de amargura? ¿Ese malestar en cuanto a la “copia” de la cual fueron el objeto? ¿Ese llamado a decir de más lejos aquello que se sostiene aquí a plena luz? ¿Qué escasa es la inspiración directa en tal dimensión de figuras! ¡Y, en su lugar, cuántos achatamientos neoclásicos, cuántas propagandas de mal gusto! ¿Heidegger prevé su propia muerte, su entierro, y le pide a su hijo que recite un día, frente a su tumba abierta, versos de Hölderlin? Sí, y no podemos pensar en ello sin emoción. La escena tiene lugar en mayo de 1976:

*¡Oh dichosa Grecia! ¡Morada de todos los celestiales!  
¿Es cierto entonces lo que nos enseñaron en la juventud?  
¡Sala de fiestas cuyo piso es el mar y tus mesas los montes;*

*Desde antiguo trazadas para tales solemnidades!*

*Pero ¿dónde están los tronos? ¿Dónde los templos  
Y las copas llenas de néctar? ¿Y los himnos  
compuestos*

*Para agradar a los dioses? ¿Dónde brillan  
tus oráculo de lejanos efectos? ¿Dónde resuena  
la gran voz del destino? ¿Dónde está ese destino  
rápido?*

Miro una vez más a esa esfinge alada, esculpida por Luciano en el 400 antes de nuestra era, y que se encuentra en el museo arqueológico de Estambul. Su esplendor consistente, verde, resplandeciente es, en efecto, digno de un gran destino ¿Quién puede pensarla, sin embargo, no como un mito o una idea abstracta, sino *como se muestra?*

**De pronto, el teatro cambia.** El Dios bíblico no está satisfecho con afirmar, contra la Madre primordial, que él había creado el mundo y también al hombre, macho y hembra, a su imagen; encontramos que se atreve resueltamente a encarnarse en un Hijo único. Para ser una sorpresa, sí que la es. Y hasta un temblor de tierra. Los actores de la función son ahora Adán, Eva, la

serpiente; el nuevo Adán, el Cristo, la nueva Eva reparadora: María ¿La Virgen es una mujer? Sí y no. Sí, porque es madre. No solamente, ya que esa maternidad única le viene del Espíritu, haciendo de ella, a la vez, la madre de Dios y su hija. ¿Difícil de concebir? Y cómo. Pero justamente.

Contemplando esa cascada de Madonas en todos sus estados, no debemos olvidar que, todavía allí, una masa de textos acompañan pinturas que nos parecen familiares. Los Evangelios, las vidas de santos y santas, los concilios, los Padres de la Iglesia, los predicadores, los teólogos, los poetas. María es la estrella de estrellas. Hay, por supuesto vedettes secundarias: su propia madre Ana (la de la Inmaculada Concepción); María Magdalena; multitud de mártires; y, mucho más tarde, gracias a la osadía del caballero Bernin, la extática santa Teresa. A estos temas no se les da un arreglo musical menor, canon, fugas, variación. Natividad, Anunciación, Nacimiento del Niño Salvador, Huída a Egipto, Stabat Mater, Asunción, Coronación celeste. El asunto-mujer se espiritualiza al extremo por una operación en la que el genio simplificador y multiplicador nos retiene siempre. La Trinidad misma, de hecho, *depende* de esa Virgen que resume en ella todas las interrogaciones genealógicas y las lleva a su

solución geométrica. Impresionante teorema, al que Dante, en su *Paraíso*, da la formulación más elegante, sobre la cual, además, se puede meditar indefinidamente:

*Virgen madre, hija de tu hijo,  
Más humilde y alta que toda criatura,  
Término fijo de un eterno designio.  
Tú eres aquella que ennobleciste tanto  
a la naturaleza humana que su hacedor  
No desdeñó en convertirse en su obra.*

Este pasaje al borde de lo que se podría llamar la reproducción-de-una-vez-y-por-todas es, Pascal encontró la fórmula, un escándalo y una locura. Escándalo si se apuesta por un mesianismo proyectado en la perpetuación biológica; locura si se piensa que la humanidad, en lugar de separarse radicalmente del cosmos, es un elemento del mismo. Los resultados de ese abuso de autoridad no se hacen esperar. Es *a causa* de esa elaboración, y no *a pesar de ella*, que Afrodita y Venus van ellas mismas a laicizarse, encarnarse en el mundo profano y convertirse, poco a poco, en esa mujer, no importa cual, y esa otra, y también aquella otra. Mujeres, a partir de ahora, habrá *mujeres*. Es un golpe de dados. María, (y es hoy que podemos

comprenderla mejor) absorbe los impulsos, las aspiraciones, la histeria de base del eterno femenino. Se apodera de la enorme puesta en fecundidad de la cual es, Dante tiene razón, el “término fijo”. Lo que equivale a decir que siempre se estará volviendo sobre lo mismo, que no se irá muy lejos en la especulación obstinada que consiste en juntar a los vivos con los vivos y, en resumidas cuentas, a los muertos con los muertos. Obviamente, ya que esta Razón superior se muestra como escándalo o como locura, nadie escucha, la cosa parece impracticable, insoportable, absurda. Y no obstante, diría un nuevo Galileo, no se mueve más, marca constantemente la misma hora, anunciación, encarnación, crucifixión, ascensión, asunción. El occidente encontró su reloj (lo que no es aceptado sin conflicto), su calendario al que las operaciones bursátiles del mundo entero tienen en cuenta. Nuestras fechas son las suyas. Ya estamos en el final del siglo XX “de nuestra era”, como se lo dice pudorosamente, olvidando por qué, a causa de quién, y cómo.

**La mayoría de las veces, se finge hipócritamente el asombro de una paradoja irritante: Virgen María de un lado; proliferación voluptuosa del**

**otro.** Observación sensata, por ende de muy corto alcance. Es *precisamente* a causa de Una que se obtienen las otras. Tiziano o Rubens habrían encontrado desprovisto de sentido que se les pidiera elegir, limitarse, atenerse a la Virgen o a Venus ¡Las dos, queridos puritanos, las dos! O más bien: ¡una y mil! La reforma queriendo rebajar a la Una, no hizo más que ir en el sentido de una normalización de las miles: no más Virgen, no más multitudes de Venus. Al fin de cuentas llegará el tiempo de la melancolía, del romanticismo, de la angustia, de la frustración, del bovarismo cada vez más confinado, de la depreciación desdichada, del delirio seudo-poético, del feminismo rápidamente enrolado en el biologicismo, del erotismo rebajado a pornografía, el cine, qué más. Para Tiziano, para Rubens, para Velásquez, para otros tantos, no hay ninguna contradicción entre pintar una Anunciación o una Asunción y representar (con qué exaltación material) Venus en su baño o haciéndose dar un concierto. La Virgen María y Venus tienen indiferentemente como modelos a la princesa o a la panadera de la esquina. ¿Venus y el organista? Es sin embargo más convincente que la Señora Lutero ¡Y Dánae! ¡Bajo su lluvia de oro! ¡Y las ninfas! Desde luego, se mantiene un principio de horror (brujas, Judit castrando a

Holofernes, una cabeza de medusa petrificante con serpientes), pero para hacer sentir mejor lo fasto de la vida privada, las telas, los instrumentos de la intimidad, los colores, los perfumes, los sonidos, la piel del instante visible. Aquí surge el espejo. *Una mujer se ve*. No pide nada más, al parecer, con la condición de que un artista (es decir, recordemos la palabra de Picasso, “una mujer”) organice semejante visión favorable. Sin lo cual, pues, tal vez no se amaría. Ahí tenemos un hecho de experiencia. Se lo puede verificar todos los días. Los diseñadores de modas, por ejemplo, lo saben. Están atentos a este tema; se encargan de amenizarlo, de atenuarle los contornos. El pintor, por su parte, va directamente al asunto: vestir a la Virgen de cielo, singularizar a su Niño, desnudar a Venus constituyen la misma técnica. Las verdaderas mujeres son aquellas de los pintores. El pintor y sus modelos son una sola nebulosa de energía. “En alguna fiesta de noche en una ciudad del norte, escribe Rimbaud en sus *Iluminaciones*, encontré a todas las mujeres de los antiguos pintores”. Deberíamos hacer como él. Por ejemplo, ¡aquí está Hélène Fourment en 1638! Buenos días. Hoy está en Viena. La Contrarreforma, entonces, siempre tan mal juzgada por la propaganda escolar, y con razón, tuvo su orgía sabia. Sin duda alguna,

los católicos son imposibles, retorcidos, perversos, agobiantes, odiosos. ¿Pero qué sabríamos de la belleza sin ellos? ¿De la belleza femenina? ¿Quién se encargó, sino ellos, de transmitir la gran lección griega en lugar, como la paganería romana estancada, de calcarla? Giorgione y Tiziano son más cercanos a Homero que a Virgilio. Su Venus es realmente la Afrodita de oro. ¿Su ciudad? Venecia.

**Y además París.** Tienen cita allí, los últimos, ¡y que fuego de artificio! Se lo lleva a Goya que su *Maja Desnuda* no podía más que conducir al exilio (muere en Bordeaux). Pero en fin: Watteau, Fragonard, Manet, Ingres, Delacroix, Coubert, Cézanne, Rodin, Picasso, Matisse – ¿Quién lo dice mejor? ¿La demostración no es fulgurante? ¿Se la puede ignorar todavía? *La Olimpia*, *El Baño turco*, *La Muerte de Sardanápalo*, *Las Dos Amigas*, *Iris mensajera de los dioses*: Parecen nombres de batallas, pero son victorias más importantes que aquellas de Alejandro o de Napoleón. Prostitutas, bañistas, mujeres mundanas, bailarinas, hay para todos los gustos y de todos los colores. ¿Aquello no le agrada a la metafísica o, como dice Baudeaire, al “viejo Platón”? Es probable. Pero el

acto viene de más lejos, escuchemos su música:

*Lesbos, donde los besos son como las cascadas  
que se arrojan sin miedo en los precipicios sin  
fondo,  
y corren, sollozando y cacareando a las sacudidas  
¡Tempestuosos y secretos, hormigueantes y  
profundos!*

O también, simplemente:

*Tu cabeza, tu gesto, tu aire  
Son hermosos como un hermoso paisaje  
La risa juega en tu rostro  
Como un viento fresco en un cielo claro.*

Ahí está, llegamos, o casi. Es Picasso, entonces, quien corre el telón por el momento, ya que podemos revisar gracias a él nuestra historia. Gracias a él, las apariciones prehistóricas, en lugar de tener un aspecto arcaico y amenazante, toman una forma alegre. Luego de la catástrofe de la Segunda Guerra Mundial, el viejo Picasso, a quien todo el mundo creía acabado, se lanzó a una zarabanda desenfadada, sátiros, ménades, parejas, cogidas. Aún había comunistas: estorbo, molestia. Los americanos juzgaron, por su parte,

simétricamente, que allí había una prueba de senilidad. Pero no: todo el mundo, en realidad, quería que aquello se detuviera, pero no, no hay manera, se continúa, se insiste, se esconderá si es necesario. Astartés, Nefertitis, Afrodita, Eva, María, Venus, la *Olimpia*: de pronto, esas figuras no conforman más que una. Diosas, madonas, reinas, infantas, desnudos, caminantes, flores del mal, muchachas en flor, ¿no tienen suficiente con eso? No, nunca. ¿Torciones, embarazos, sonrisas, maldiciones, promesas? ¿Grutas, pesebres, habitaciones, tocadores, jardines, baños, bendiciones, caricias? Sí, también. ¿Y ahora? No se sabe. Parecen en suspenso. Están requisadas por el Cálculo, el Programa. Se las quiere consumidoras, matrices, esclavas de productos de belleza, cónicas, trabajadoras, sentimentales, frontales. Deben adelgazar, broncearse, desbroncearse, apuntar, triunfar, parir, educar, agitarse, defender su derecho a la igualdad, maquillarse, desmaquillarse, hacer guardia, vigilar, amar un poco, correr, envejecer mucho –a las que siguen. La religión ya no puede hacer mucho por ellas. Venus está fuera de precio. Hacerse mantener es cada vez más imposible. La ignorancia se incrementa, el conformismo también. La moda hace lo que puede. Las revistas cuentan casi lo que

sea, como siempre. El cine esta en crisis. La televisión universal aburre. La vulgaridad aumenta. Los machos están en lo más bajos, su bajeza animal se repone. La miseria, además, es inmensa. ¿Entonces? ¿Esta aventura fabulosa habrá tenido lugar *por nada*? Corresponde ahora a cada uno, y a cada una, responder.

**Heidegger, en *Serenidad*:**

“La revolución de la técnica que se avecina en la era atómica pudiera fascinar al hombre, hechizarlo, deslumbrarlo y cegararlo de tal modo, que un día el pensar calculador pudiera llegar a ser el *único* válido y practicado.

¿Qué gran peligro se avecinaría entonces? Entonces, junto a la más alta y eficiente sagacidad del cálculo que planifica e inventa, coincidiría la indiferencia hacia el pensar reflexivo, una total ausencia de pensamiento. ¿Y entonces? Entonces el hombre habría negado y arrojado de sí lo que tiene de más propio, a saber: que es un ser que reflexiona. Por ello hay que salvaguardar esta esencia del hombre. Por ello hay que mantener despierto el pensar reflexivo.”

Y sin embargo:

“La serenidad para con las cosas y la apertura al misterio nos abren la perspectiva hacia un nuevo

arraigo. Algún día, este podría incluso llegar a ser apropiado para hacer revivir, en figura mudada, el antiguo arraigo que tan rápidamente se desvanece.” Y además esto, en *Desde la experiencia del pensamiento*:

“El carácter poético del pensar está todavía velado. Donde éste se manifiesta, iguala por largo tiempo la utopía de un intelecto semipoético. Mas el poetizar pensante equivale a la topología del ser en la verdad.

Ésta indica a éste la localidad de su esencia.”

**Philippe Sollers, *Éloge de l'infini***  
(*Femmes et femmes*) p.270-290  
Ed. Gallimard (Folio), 2003.

***Revisión: Hugo Savino.***

F. Hölderlin; *Pan y Vino*. Traducción directa al castellano de Federico Gorbea; 1978.

Dante; *Divina Comedia*. Paraíso c. 33. Traducción del italiano por Pablo Williams.

M. Heidegger; *Serenidad*. Traducción del alemán por Yves Zimmermann. Barcelona, 1994.

M. Heidegger; *Desde la experiencia del pensamiento*. Traducción del alemán por Pablo Mora. Madrid, 2001.

ENVÍENOS SU TRADUCCIÓN O COMENTARIO  
SOBRE ESTA TRADUCCIÓN A:  
[prometheusmdq@yahoo.com.ar](mailto:prometheusmdq@yahoo.com.ar) o [info@pmdq.com.ar](mailto:info@pmdq.com.ar)  
INDICANDO EN EL ASUNTO "TRADUCCIÓN"

Revista de Cultura / número 23 / año IV  
<http://www.pmdq.com.ar/>

